

hombres esclarecidos consentir en la destrucción del patrimonio artístico de Francia. Para disculparles es preciso recordar que las creencias fuertes son generadoras de los peores excesos y también que la Convención, invadida casi diariamente por motines, se inclinaba siempre ante las voluntades populares.

El sombrío relato de todas estas devastaciones no muestra solamente la potencia del fanatismo, sino también lo que llegan á ser los hombres libres de las ligaduras sociales y país que cae entre sus manos.

CAPÍTULO VI

Los ejércitos de la Revolución.

§ 1.—LAS ASAMBLEAS REVOLUCIONARIAS Y LOS EJÉRCITOS.

Si de las asambleas revolucionarias, y principalmente de la Convención, no se conocieran más que sus discusiones interiores, sus debilidades y sus violencias, hubieran dejado un sombrío recuerdo.

Sin embargo, aun para sus enemigos, esta sangrienta época posee siempre un incontestable prestigio como resultado del triunfo de los ejércitos. Cuando la Convención se disolvió, Francia hallábase aumentada por Bélgica y los territorios situados á la orilla izquierda del Rin.

Considerando la Convención en bloque, es equitativo incluir en su activo las victorias de los ejércitos de Francia; pero si se disocia este bloque para estudiar separadamente cada uno de los elementos que la componen, su independencia aparece con toda claridad. Se aprecia entonces que la Convención tuvo, en verdad, muy escasa parte en los hechos militares. Los ejércitos en la frontera, las asambleas revolucionarias en París, formaron dos mundos que se influenciaron muy poco y pensaron de manera muy diferente.

Hemos visto á la Convención, gobierno en extre-

mo débil, cambiar de idea diariamente, siguiendo los impulsos populares, y dar muestras de una profunda anarquía. Sin dirigir nada y estando constantemente dirigida, ¿cómo podía actuar sobre los ejércitos?

Por completo absorbida por sus luchas intestinas, la Asamblea había abandonado todos los asuntos militares á un comité especial, que regía casi exclusivamente Carnot, y cuyo verdadero cargo consistió en proveer de víveres y municiones á las tropas. El mérito de Carnot consistió, además, en dirigir los 752.000 hombres de que Francia disponía á puntos estratégicamente útiles, y en recomendar á los generales la ofensiva y una severa disciplina.

La única participación de la Asamblea en la defensa del país fué la de decretar levás en masa. Ante los numerosos enemigos que amenazaban á Francia, ningún gobierno hubiera podido sustraerse á tal medida. Durante algún tiempo, la Asamblea envió, además, á los ejércitos representantes encargados de hacer guillotinar á algunos generales, pero pronto renunció á ello.

De hecho, su intervención fué siempre muy débil. Los ejércitos, gracias á su número, á su entusiasmo y á una táctica improvisada por jóvenes generales, se desarrollaron victoriosamente completamente solos. Vencieron al lado de la Convención y en absoluto fuera de ella.

§ 2.—LA LUCHA DE EUROPA CONTRA LA REVOLUCIÓN.

Antes de enumerar los diversos factores psicológicos que contribuyeron al triunfo de los ejércitos revolucionarios, es útil recordar, siquiera breve-

mente, el modo cómo se originó y desarrolló la lucha de Europa contra la Revolución.

En los comienzos de ésta, los soberanos extranjeros observaban con satisfacción las dificultades de la monarquía francesa, considerada como potencia rival desde largo tiempo. El rey de Prusia, creyendo á Francia muy debilitada, pensaba en engrandecerse á sus expensas, proponiendo también al emperador de Austria el ayudar á Luis XVI, á condición de recibir como indemnización Flandes y la Alsacia. Ambos soberanos firmaron, en Febrero de 1792, un tratado de alianza contra nosotros. Los franceses previeron el ataque, declarando la guerra á Austria, bajo la influencia de los girondinos.

El ejército francés sufrió al principio varias derrotas. Los aliados penetraron en Champaña, y llegaron á 200 kilómetros de París. La batalla de Valmy, ganada por Dumouriez, les obligó á retirarse.

Aunque sólo fueron muertos 300 franceses y 200 prusianos en el combate, sus consecuencias fueron muy importantes. El haber hecho retroceder á un ejército, reputado de invencible, dió una gran audacia á las jóvenes tropas revolucionarias, y por todas partes tomaron la ofensiva. En algunas semanas, los soldados de Valmy expulsaron á los austriacos de Bélgica, siendo acogidos como libertadores. Pero fué principalmente bajo la Convención cuando tomó la guerra una importancia considerable. En los comienzos del año de 1793 la Asamblea declaró á Bélgica anexionada á Francia. Se originó una guerra con Inglaterra, que se prolongó durante veintidós años.

Reunidos en Anvers, en Abril de 1793, los representantes de Inglaterra, Prusia y Austria, resolvieron desmembrar la Francia. Los prusianos habían

de apoderarse de la Alsacia y Lorena; los austriacos de Flandes y del Artois; los ingleses de Dunkerque. El embajador austriaco proponía sofocar la Revolución por el terror, «exterminando la casi totalidad de los elementos directores de la nación». Ante semejantes declaraciones no había más remedio que vencer ó perecer.

Durante esta primera coalición, de 1793 á 1795, Francia tuvo que combatir en todas las fronteras, desde los Pirineos hasta el Norte.

Al principio perdió sus primeras conquistas y sufrió algunos reveses. Los españoles se apoderaron de Perpiñán y de Bayona; los ingleses de Tolón; los austriacos de Valenciennes. Fué entonces cuando la Convención, hacia fines de 1793, ordenó una leva en masa de todos los franceses de dieciocho á cuarenta años, y pudo enviar á las fronteras nueve ejércitos, formando un total de unos 750.000 hombres. Fundiéronse los antiguos regimientos del ejército real con los batallones de voluntarios y reclutas.

Los aliados son rechazados; Maubeuge se ve libre del bloque á continuación de la victoria de Wattignies, ganada por Jourdan. Hoche deja libre la Lorena. Francia toma la ofensiva; reconquista Bélgica y la orilla derecha del Rhin. Jourdan vence á los austriacos en Fleurus; los rechaza en el Rhin; ocupa Colonia y Coblenza. Holanda es invadida. Los soberanos se resignan á pedir la paz y reconocen á Francia sus conquistas.

Nuestros triunfos fueron favorecidos por el hecho de que los enemigos jamás tomaron parte muy á fondo, preocupados con el repartimiento de Polonia, al cual procedieron de 1793 á 1795. Cada cual quería hallarse presente en la desmembración para

conseguir más. Este motivo había ya hecho retroceder al rey de Prusia en 1792, después de la acción de Valmy.

Las vacilaciones de los aliados y su recíproca desconfianza nos fueron muy ventajosas. «Si durante el verano de 1793 hubieran marchado los austriacos sobre París, estábamos—dice el general Thiébault—perdidos cien veces. Sólo ellos nos salvaron dándonos tiempo de hacer soldados, oficiales y generales». Después del tratado de Basilea, Francia no tuvo en el continente más adversarios importantes que los austriacos. Entonces, el Directorio hizo atacar á Austria en Italia, donde poseía el Milanesado. Bonaparte fué el encargado de esta campaña. Después de un año de luchas, de Abril de 1796 á Abril de 1797, obligaba á pedir la paz á los últimos enemigos de Francia.

§ 3.—FACTORES PSICOLÓGICOS Y MILITARES QUE DETERMINARON EL TRIUNFO DE LOS EJÉRCITOS REVOLUCIONARIOS.

Para apreciar las causas del triunfo de los ejércitos revolucionarios, es preciso recordar el prodigioso entusiasmo, la resistencia y la abnegación de aquellos soldados andrajosos y á menudo descalzos. Impregnados de los principios revolucionarios sentíanse apóstoles de una religión nueva, destinada á regenerar el mundo.

La historia de los ejércitos de la Revolución recuerda en absoluto la de los nómadas de Arabia, que, fanatizados por el ideal de Mahoma, se transformaron en temibles ejércitos y conquistaron rápidamente una parte del viejo mundo romano.

Análoga fe dotó á los soldados republicanos de un heroísmo y de una intrepidez que derrota alguna podía amortiguar. Cuando la Convención cedió el puesto al Directorio, habían libertado la patria, llevando al enemigo la guerra y la invasión. En aquella época ya no quedaban en Francia más verdaderos republicanos que los soldados.

Siendo contagiosa la fe y presentándose la Revolución como una era nueva, varios pueblos invadidos, oprimidos por el absolutismo de sus reyes, recibieron á los invasores en calidad de libertadores. Los habitantes de la Saboya se congregaban en torno á los soldados franceses. En Maguncia la multitud les acogía con entusiasmo, plantaba árboles de la libertad y formaba una Convención á imitación de la de París.

En tanto que los ejércitos de la Revolución chocaron con pueblos doblados bajo el yugo de monarcas absolutos y sin ningún ideal personal que defender, el triunfo fué relativamente fácil. Pero cuando lucharon con otros hombres, poseedores de un ideal tan fuerte como el de ellos, el triunfo llegó á ser mucho más difícil.

El nuevo ideal de libertad y de igualdad, capaz de seducir los pueblos desprovistos de convicciones precisas y padeciendo el despotismo de sus dueños, debía, naturalmente, no accionar sobre aquellos que poseían un ideal poderoso y fijo desde largo tiempo en las almas. Por esta razón, los habitantes de la Bretaña y la Vendée, cuyos sentimientos religiosos y monárquicos eran muy fuertes, lucharon durante varios años con éxito contra los ejércitos de la República.

En Marzo de 1793, las insurrecciones de la Vendée y de Bretaña se habían extendido á diez departa-

mentos. Vendeanos en Poitou y *chuanes* (1) en Bretaña pusieron en pie de guerra 80.000 hombres.

Siendo implacables los conflictos entre ideales contrarios, es decir, entre creencias en que la razón no interviene, la lucha con la Vendée tomó inmediatamente aquel carácter de ferocidad salvaje, observado siempre en las guerras de religión. Se prolongó hasta fines de 1795, época en que Hoche pacificó la Vendée. Esta pacificación era la simple consecuencia de la exterminación casi completa de sus defensores.

«Después de dos años de guerra civil, escribe Molinari, la Vendée no presentaba más que un espantoso montón de ruinas. Unos 900.000 individuos, hombres, mujeres, niños y viejos, habían perecido, y el reducido número de los que habían sobrevivido á la matanza, apenas si tenían con qué alimentarse y abrigarse. Los campos eran devastados, destruidos los cercados, incendiadas las casas.»

En añadidura á su fe que los hizo invencibles tan á menudo, los soldados de la Revolución tuvieron la ventaja de llevar á la cabeza generales notables, llenos de ardor y formados en los campos de batalla.

Habiendo emigrado la mayoría de los antiguos jefes del ejército por su calidad de nobles, fué preciso organizar un nuevo Cuerpo de oficiales. Dió por resultado que aquéllos, dotados de aptitudes militares innatas, tuvieron ocasión de hacerlas ostensibles, y pasaron por todos los grados en el espacio de algunos meses. Hoche, por ejemplo, sar-

(1) Dase el nombre de *chuaneria* á la serie de insurrecciones que precedieron y siguieron en Francia á la guerra de la Vendée y que se perpetuaron hasta la época del Consulado. Tuvieron por teatro el Bajo Maine, una parte del Anjou, y se extendieron por casi toda la Bretaña, la Normandía y parte de la Turena. Su nombre procede del apodo *Chuan*, que llevaban los cuatro hermanos Cottreau, que fueron sus primeros y más célebres jefes.—(N. del T.)

giento en 1789, era general de división con mando del ejército á la edad de veinticinco años. La extremada juventud de estos jefes, dábales un espíritu ofensivo al que los ejércitos enemigos no se hallaban acostumbrados. Seleccionados sólo según su mérito, sin entorpecimiento por ninguna tradición ni rutina, lograron pronto crear una táctica en relación con las nuevas necesidades.

Á los soldados inexpertos, en contraposición á las antiguas tropas de oficio, instruidas según los métodos de uso general desde la guerra de los Siete años, no se les podía pedir maniobras complicadas.

Los ataques se hacían simplemente por grandes masas; gracias al número de hombres que mandaban los generales, las bajas considerables ocurridas por este procedimiento eficaz, pero bárbaro, podían cubrirse rápidamente.

Las grandes masas, que atacaban al enemigo á la bayoneta desconcertaban en seguida á tropas acostumbradas á otros procedimientos menos violentos.

La lentitud del tiro en aquella época hacía la táctica francesa de un empleo relativamente fácil. Triunfó, pero á costa de enormes pérdidas. Se ha calculado que de 1792 á 1800, el ejército francés dejó sobre los campos de batalla más de una tercera parte de sus efectivos (700.000 hombres de 2.000.000).

Examinando en esta obra los hechos desde el punto de vista psicológico, seguimos disgregando de ellos las consecuencias que originan.

El estudio de las multitudes revolucionarias en París y en los ejércitos ofrece cuadros en extremo diferentes, pero de una interpretación fácil.

Hemos probado que las multitudes, ineptas para el razonamiento, obedecen únicamente á impulsos

que las transforman sin cesar; pero también hemos visto que son muy susceptibles de heroísmo, que el altruismo se halla á menudo desarrollado en ellas y que fácilmente se encuentran millares de hombres dispuestos á dejarse matar por una creencia.

Tan diversos caracteres psicológicos deben conducir necesariamente á actos desemejantes, y aun absolutamente contrarios según las circunstancias. La historia de la Convención y de sus ejércitos nos proporciona la prueba. Muestra multitudes compuestas de elementos anejos, actuando tan diferentemente en París y en la frontera, que podía creerse no se trata del mismo pueblo.

En París las multitudes son desordenadas, violentas, asesinas, y manifiestan exigencias cambiantes que hacen imposible todo gobierno.

En los ejércitos, el cuadro es por completo diferente. Las mismas multitudes de inadaptados guiadas por el elemento regular del pueblo agricultor y trabajador, encauzadas por la disciplina militar, arrastradas por el entusiasmo contagioso, soportan con heroísmo las privaciones, desprecian los peligros y contribuyen á formar el fabuloso bloque que triunfó de las más temibles tropas de Europa.

Estos hechos figuran entre aquéllos que será preciso invocar siempre para mostrar la fuerza de una disciplina. Ésta transforma los hombres. Libres de su influencia, pueblos y ejércitos conviértense en hordas bárbaras.

Cada día es más olvidada esta verdad. Desconociendo las leyes fundamentales de la lógica colectiva, se cede más y más á los nobles impulsos populares, en lugar de aprender á distinguirlos. Preciso es señalar á las multitudes el camino á recorrer; no son ellas las que deben trazarlo.